

GRAN ROMANCE

CASI SACADO

DE LOS POZOS DEL OLVIDO.

CUADRO TRISTE.

Va el anciano, va el anciano,
 Arrastrando sus pisadas
 Por el camino desierto,
 Y en su trabajosa marcha
 Ni una mirada le observa,
 Ningún rumor le acompaña;
 Tan solo su sombra negra
 Que le hace duelo á su espalda;
 El cuerpo lleva encorvado
 Por el tiempo ó las desgracias,
 Y coronan su cabeza
 Unas venerables canas
 Como sobre triste ruina
 De seco encino las ramas.
 ¿Quién será? ¿Será un mendigo?
 No lo denuncia su traza.
 ¿Será un enfermo que pide
 Que piadoso el sol le valga?
 Va el anciano, va el anciano,
 De Coyoacán á la plaza;
 Y la plaza que parece
 De los hombres olvidada,
 Y es imperfecto cuadrado
 De árboles de verdes ramas;
 En el centro se alza un kiosko
 Ceñido con férreas bancas,

Con pavimento de mármol,
 Donde se canta y se baila.
 Las casas Consistoriales
 Le adornan con su fachada;
 Y el costado del gran templo
 Con su torre y sus campanas
 Indica á los pobres indios
 Del purgatorio la Aduana.
 Simétricas y apacibles
 Están á corta distancia
 Casitas con sus arriates
 Y con sus verdes persianas,
 Ya de vecinos del pueblo,
 Ya familias mexicanas
 Que piden salud al campo
 De firme ó por temporadas.
 En esa plaza espaciosa
 Hay un día en la semana,
 En que se agolpan las frutas,
 Do la lucen las vituallas,
 Las indias forman sus puestos,
 Las vendimias se proclaman;
 Las polluelas y polluelos,
 Las señoras de las casas
 Buscan, compran, regatean,
 En medio de la algazara,
 Mientras música de viento
 En el kiosko toca danzas,
 Y entusiastas los galanes
 Y complacientes muchachas
 Se entregan al remolino
 Del baile que les encanta.
 Mas cuando se pasa el tianguis,
 Queda desierta la plaza,
 Sin que del hondo silencio
 El sueño perturbe nada:
 Solo el infeliz anciano
 Que va con incierta planta
 Y que en un banco de piedra
 De un fresno bajo las ramas
 En su bordón apoyado,
 De la fatiga descansa.
 En el semblante del viejo
 La honda pena se retrata;
 Sus ojos eran azules,

Rubia y escasa la barba,
 Y quedaban de grandeza
 Nobles rastros en su cara.
 Con sosiego y cabizbajos
 Los dos párpados cerraba;
 ¿Era porque á las tinieblas
 Su espíritu interrogara?
 ¿Era para darle vida
 A memorias olvidadas,
 De todos desconocidas
 Y dulces al recordarlas?
 ¿O era que desengañado
 De las grandezas humanas
 En sueño de indiferencia
 Quiso sepultar el alma?
 Yo no sé; pero el anciano
 Estaba como una estátua,
 Venerable en su aislamiento;
 La soledad le resguarda,
 Y una majestad augusta
 Le reviste con la calma.

II.

EL PAPÁ Y LOS CHICOS.

En tanto, del lado opuesto
 En que se hallaba el anciano,
 Iba un padre de familia
 Rodeado de sus muchachos,
 Que dispersos por do quiera
 Daban furibundos saltos,
 El bienestar y el contento
 Venturosos derramando.
 El padre va satisfecho
 Con su paraguas en mano,
 Sombrero de jipijapa
 Y de dril el blanco saco,
 Uniforme riguroso
 De temporada de campo.
 En medio del alborozo
 El papá mandó hacer alto,
 Y se quedaron los chicos
 Como en un lienzo pintados,
 Pues conoció el caballero

Quién era aquel solitario,
 Y volviéndose á sus hijos
 Díjoles, sombrero en mano:
 «Vais á pasar junto á un hombre
 De honra y de virtud dechado;
 Gloria y prez de nuestra patria,
 Entre sus hombres preclaros;
 Ese que veis, era un joven
 Rico, valeroso, guapo,
 De la fortuna querido,
 Y de las letras mimado;
 Pero más que todo ardiente
 Su corazón de amor patrio:
 Así que, cuando Vidaurri
 Alzó su bandera en alto
 Contra el tirano Santa-Anna,
 Repitió: ¡muera el tirano!
 Dejando sus intereses
 Entregados al acaso:
 Y yéndose á la frontera
 A servir como soldado,
 Ya en el Potosí aparece,
 Y se distingue esforzado:
 Ya en *Carretas* es asombro
 Y abre á la victoria paso:
 Ya en *Atequiza* da ejemplo
 Contra el mocho temerario;
 Ya le procura recursos
 Al Ejército: entra en Lagos,
 Y él y Escobedo los miles
 Entregan, sin un centavo
 Que reservara ambicioso,
 Porque era puro y honrado.
 En *Atenquique* sangriento,
 Con sus heroicos tagarnos,
 Le disputó á la fortuna
 De la victoria los lauros;
 En San Joaquín la derrota
 Le miró salir impávido;
 E hizo de Morelia luego
 De sus proezas el teatro.
 Rubio, ardiente, buen ginete,
 Sin aspiración al mando,
 De los pobres el escudo,
 De los suyos el encanto,

Y como un cristal su vida
 Que vista por todos lados,
 Ni la oscurece una mancha
 Ni enturbia del sol los rayos.
 Si fué en los triunfos brillante,
 En los reveces más árdus
 Se le vió formando fuerzas,
 Revivir el entusiasmo
 Y hasta las calles de México
 Penetrar inesperado
 Con terror de los secuaces
 Del insolente tirano.
 Y esos hombres como ejemplo
 Tened, queridos muchachos;
 Id á rodearle amorosos,
 Id á besarle las manos,
 Id gritando en el camino
 Que viva el General Blanco.
 Al paso llevadle flores,
 Y formadle hermosos ramos.»

Así lo hicieron los niños;
 Al noble anciano cercaron,
 Que les acogió amoroso
 Mirando sus agasajos:
 Y que cuando aquellos niños
 El sitio fueron dejando,
 Él secó triste las lágrimas
 Que sus ojos inundaron.

Enero 12 de 1896.



IGNACIO ZARAGOZA



MUY GRANDE Y MUY REFRIGERANTE

ROMANCE DE LA BATALLA DE SILAO.

I.

ZARAGOZA.

Viene del sur de Jalisco
 El General Zaragoza
 Con su espada relumbrante
 Que despide luz de gloria;
 El tropel de sus valientes
 Que era de *chinaca* y tropa
 Parece que con perfumes
 De flores puebla la *mósfora*;
 A México se dirige,
 Mas le hace la *guantimora*
 A Don Severo Castillo
 Que espantado se alborota
 Y cree que la luna es queso
 Y que son toros las zorras.
 Pero si es vergel Jalisco,
 Guanajuato plata brota;
 Y hay jefes que la *pelada*
 Como unos héroes se portan,
 Y hacen su centro Silao
 De tesoros de patriotas.
 Allí á González Ortega
 Berriozábal fiel apoya
 Con su división modelo
 Por su pericia notoria.
 Allí se luce Doblado
 El del talento que asombra,

El de la espada potente
 Como la fama pregona,
 Aunque se quedó la fama
 Muy abajo de sus obras;
 Por un Antillón gallardo
 Campeón de la Reforma
 Que cumplió con sus deberes
 Sin tener ninguna nota.

II.

MIRAMÓN.

Desapareció Zuloaga
 Como fantasma ó vestiglo,
 O como aparece el diablo
 En los cuentos de los niños,
 Que huye de la cruz y queda
 Á azufre apestando el sitio.
 La retrógrada canalla
 Siente que se le hunde el piso;
 Y los clérigos taimados
 Se acogen á Jesucristo,
 Que como señor desnudo
 No puede dar ni un comino.
 ¿Adónde están los valientes;
 Dónde huyeron los científicos
 Que presagiaron un trono
 Hijo mayor del prodigio?
 Ni hay resquicio de esperanza,
 Ni *tecolines* exíguos,
 Ni agiotistas que sacaran
 Al pobre Gobierno el quilo.
 Miramón, que amenazantes
 Vió fuerzas en el Bajío,
 Conociendo que socorro
 No puede darle Castillo,
 Porque Ogazón poderoso
 Tiene su vida en un hilo,
 En Lagos cálculos hace
 Y al fin decide con brío
 Con una fuerza no escasa
 De soldados aguerridos
 Ir á dar á los *chinacos*
 Su merecido castigo,

O al fin dejar á la suerte
 Que fijara su destino.
 La emprendió para Silao
 Con sus jefes escogidos,
 Y á la vista de aquel pueblo
 Anuncia su desafío.

III.

SILAO.

Es Silao una llanura
 De risueñas sementeras
 Con sus aguas abundantes,
 Con su respaldo de peñas.
 Y es la ciudad como un ramo
 De nevadas azucenas,
 Encanto de los sentidos
 Y en que placeres se sueñan.
 A Silao se le mira
 Como esperando una fiesta,
 Con sus zaguanes regados,
 Con sus ventanas abiertas,
 Contemplándose en su fondo
 Arboles y enredaderas.
 Pero hoy todo lo oscurece
 El aparato de guerra,
 Porque tienen duelo á muerte,
 De la Reforma las fuerzas
 Con fuerzas del Retroceso
 Que Miramón encabeza.

IV.

LA BATALLA.

Era del ardiente Agosto
 En su principiar la fecha,
 Y á su paso escribe el tiempo
 Mil ochocientos sesenta.
 Retumbando los cañones
 Azuzan á la pelea,
 Los tambores tocan diana,
 Los clarines gritan guerra;
 Rayos de sol iluminan

Los rifles y las banderas,
 Y hacen olas en las filas
 De las reservas inquietas.
 El combate se encarniza,
 El fuego cunde sin tregua;
 Miramón, su menor gente,
 La suple con su destreza
 Que destruye cuanto toca,
 Que aniquila cuanto encuentra.
 Y hay momentos que vacila
 La victoria como incierta;
 Hay un punto en que compite
 Zaragoza con Ortega;
 Ambos avanzan al frente
 De las enemigas fuerzas,
 Con sus espadas en lo alto
 Como soberbias banderas.
 Intrépidos los dos jefes
 Sus soldados encabezan
 Y avanzan los dos, avanzan
 Sin que nada los contenga,
 Sobre muertos, sobre escombros,
 Entre bombas que revientan
 Dejando charcos de sangre
 Donde estampaban la huella
 Hasta ganar los cañones
 Con sus columnas intrépidas.
 A la vez es admirable
 Cómo los jefes pelean,
 Que eligen lado oportuno,
 Que á Doblado se emparejan,
 Que se lanzan con arrojo
 Adonde Antillón se encuentra
 Y atacan con Berriozabal
 A los *mochos* que dispersan.
 La derrota se consuma,
 Y Miramón, sin reserva,
 Pierde todo su armamento,
 Sus cañones y banderas.
 Cantan alegres las dianas,
 Claman vivas las trompetas,
 Y el aire acentos de gozo
 En sus raudas alas lleva.
 Por el robledal desierto
 Pasan como rotas nieblas

Que del viento arrebatadas
 Se hunden en las asperezas:
 Y eran los pobres dispersos
 Que de la campaña quedan
 Y que van pidiendo asilo
 A la noche y la miseria.

Para coronar Ortega
 Dignamente la victoria,
 A más de mil prisioneros,
 Según en la historia consta,
 Da libertad absoluta
 En nombre de la Reforma.
 Y éste fué el timbre brillante
 De las fuerzas vencedoras:
 Porque el vencedor si es grande
 Más grande es cuando perdona.

V.

CONCLUSIÓN.

Miramón se volvió solo
 Como abandonado huérfano;
 Y cuando sin ser sentido
 Se anuncia que estaba en México,
 Ciertos presagios volaron
 En el aire como cuervos
 Que acechan desde la altura
 Un cadáver descompuesto.

Enero 10 de 1897.